

que relatan antiguas consejas niponas están escritas en un estilo límpido, cuidado, elegante, fácil. El encanto de las viejas leyendas ha sido transportado a nuestra lengua por un artista de sensibilidad aguda y superficial, en la que la nota artística se encuentra plenamente conseguida y perfectamente bien trazada. Otras impresiones como esa inolvidable «Llueve en Niko» (pág. 131), están marcadas por un deseo de objetivar hasta donde sea posible, la impresión que puede producir en un paseante apresurado la belleza efímera y pasajera para los ojos del viajero, de la ciudad nipona, adornada en estas páginas por la lluvia «que no da un punto de tregua» y que simula al lector el gotear incesante en el espíritu, de un recuerdo hermoso.

Muchas otras sugerencias podría provocar un estudio más detallado de este último libro de Eugenio Orrego. Acaso algún día las intentemos. Por ahora sólo nos resta agradecer al autor por su compañía en este viaje a través de Oriente, por su amable compañía que sin hacérsenos sentir en la pesadez y majadería de los «cicerones», ha tenido la delicada virtud, y la ha conseguido plenamente, de mostrarnos algunos paisajes exóticos, y lejanos, y algunos estados anímicos de todas las latitudes, con viveza y en un estilo poético y teñido en ocasiones de una vaga ensoñación de idealidad.—*Abel Valdés A.*

UN VIAJE A EGIPTO, por *Carlos Orrego Barros.*

El autor es también por familia, hombre de letras; sus padres, sus tíos, su familia toda se ha distinguido como cultivadora entusiasta de las mejores disciplinas espirituales y hoy, con la experiencia adquirida en muchas lecturas, en algunos viajes y en una vida intensa y fructíferamente trabajada nos da este libro, «primer ensayo literario», según afirma (1).

Son más o menos trescientas páginas en que el autor cuenta un viaje a la tierra de los Faraones desde la capital británica. Interesado en profundos estudios acerca de la civilización egipcia ha querido exponer sus diversos conocimientos; sus trabajos practicados en el Museo Británico, en el Louvre y en los centros de egiptología europea y al efectuar el viaje que relata en su libro, casi creemos que el viaje es un pretexto hábilmente buscado para exponernos las ideas acerca de la fenecida civilización faraónica.

Esto antes que otra cosa es el libro: un muestrario de los conocimientos del autor acerca de la civilización egipcia materia de sus estudios y de sus predilecciones científicas, pero este muestrario no es aburrido ni monótono. Para librarse de la monotonía casi inevitable en una obra orientada en una

(1) Edit. Imprenta de la Universidad de Chile, 1931.

posición determinada, el autor ha viajado en compañía de un nutrido grupo de personajes imaginarios: Felipe Gómez, John O'Clerik, Max Meyer, Sir Herbert Malville, y su esposa, Santiago Sargo, etc. Todos estos personajes de distintas nacionalidades tienen algunas particularidades comunes: conversan interminablemente y ostentan una prodigiosa erudición histórica, especialmente egiptológica, tienen es decir, un defecto capital que el autor ha notado en el prólogo del libro mejor que nadie: no tienen vida propia ninguna, y se parecen demasiado al único viajero, es decir, al autor.

Las especialidades cultivadas en la forma que lo ha hecho el señor Orrego Barros con la egiptología, tienen el inconveniente que puede suponerse: se hace una abstracción completa del mundo, de las ideas que imperan, de la sensibilidad que reina y se confina el espíritu en la especialidad predilecta sin importarle a los especialistas que algunos lectores bostezen y otros cierren el libro con impaciencia y ya no lo vuelven a abrir.

Pero los que así proceden han de ser espíritus de poco carácter y ajenos a los encantos de la ciencia egiptológica. Con un poco de esfuerzo podemos terminar el libro, decirle adiós a los eruditos viajeros y efectuar un balance rápido de conocimientos. Encontraremos que en materias egiptológicas tenemos ideas concretas y datos seguros de que antes carecíamos: habríamos acrecentado nuestro escaso acervo cultural y esta obra es la que debe

motivar los agradecimientos de los lectores y la que habrá justificado los tenaces esfuerzos del autor por hacer una obra literaria, esfuerzos manifestados a través de una espesa hojarasca retórica y no siempre conseguidos en su última finalidad.—*Abel Valdés A.*

EL MUNDO DE LOS LIBROS A VUELO DE PAJARO

CALLE MAYOR, por *Sinclair Lewis*,
Cenit (Madrid).

Con un estilo seco, perentorio como el de los libros de cuentas, que muy pocas veces se empenacha de un lirismo risueño, Sinclair Lewis ha descrito la inmensa, la hormigueante vida americana. Es un libro compacto, numeroso y sólido. Tiene la arquitectura unánime de un rascacielo. Así de grande y lleno de pequeñas vidas.

TUNGSTENO, por *César Vallejo*,
Cenit (Madrid).

La preocupación por el indio y sus problemas, va creando en el Perú una literatura autóctona. No sólo los ensayos del inolvidable Mariátegui lo revelan. Novelas como «Aves sin nido», de la Turner, los «Cuentos Andinos», de López Albuja, «La Venganza del Cóndor» de García Calderón, «El Pueblo del Sol» de Aguirre Morales, «Los Hijos del Sol», de Valdelomar y últimamente esta breve novela de Vallejo, empapada en esta congoja revolucionaria; en esta viril protesta por el indio opri-